

SEGUNDA CARTA.

DEL CULTO DE JESUCRISTO EN LAS ESCRITURAS.

Colegio de Sorèze 23 de abril de 1838.

El primer lugar donde se encuentran las personas amadas es en su historia. La historia es lo pasado de la vida, sobreviviéndose á sí mismo en un recuerdo escrito. Seria imposible la amistad si la memoria no resucitara y mantuviera presente en el alma á aquellos que hicimos dueños de nuestro corazon. Allí es donde participan de nuestra propia vida, allí donde les vemos con nosotros, allí donde su fisonomía y sus actos permanecen impresos y se conservan en un relieve que constituye parte de nuestra existencia. Mas la memoria, aun la mas fiel, se halla limitada por ciertos lados, y cuando quiere transmitirse á otros, legándoles la imágen querida, es necesario que se transforme en historia, y se grabe en un bronce que el tiempo no destruya. La historia es la memoria de un siglo, inmortalizada. Por su medio las generaciones se ponen en contacto, y por veloz que sea su curso y su desaparicion, reciben del foco de los recuerdos la unidad que constituye su alma y su parentesco. De lo que se deduce, que siendo la Religion la primera de las cosas humanas, debe tener una historia que sea tambien la primera, y que siendo Jesucristo el centro y fundamento de la Religion, le corresponde en los anales del mundo un lugar que ningun otro, conquistador, filósofo ó legislador, puede conquistar. Así es, mi querido Manuel. Es inútil sondear la antigüedad ó transportarse á las nuevas edades, nada

se encuentra en ellas con el carácter de nuestras Escrituras, nada con la majestad de Jesucristo. No me detengo á demostrároslo, en otra parte lo he hecho ya; estamos de acuerdo que no es la cuestion de apología lo que á ambos nos preocupa, sino la cuestion de vida, esto es, de conocer y de amar á Dios mediante el conocimiento y amor de Jesucristo.

Pues bien, sea para conocer, sea para amar, es necesario acercarse al objeto que ha conquistado los presentimientos de nuestro corazon, mirarlo, estudiarlo, y volver siempre á él, sin que ningun cansancio interrumpa jamás este ardor de encontrarle y poseerle; y si la muerte ó la ausencia le han arrebatado de nuestros ojos, si los siglos han puesto entre él y nosotros largos intervalos, es á su historia á la que debemos volver á pedirlo. ¿No habeis observado durante vuestros estudios clásicos lo incomprendible, la divina mágia de la historia? ¿De dónde viene que la Grecia es para nosotros como una segunda patria que no muere? ¿Cómo es que Roma, con su tribuna y sus guerras, nos sigue aun con su invencible imágen y domina con sus desvanecidas grandezas una posteridad que no es la suya? ¿Por qué los nombres de Milciades y Temístocles, por qué los campos de Maraton y de Salamina, en vez de ser tumbas desaparecidas en el olvido, son monumentos de nuestra edad, coronas ayer entretajidas, aclamaciones que retumban todavía, y fijándose en nuestras entrañas las conmueven? Por mas que me esfuerce no puedo sustraerme al poder que sobre mí ejercen; yo soy ateniense, romano, yo habito junto al Partenon, escucho en silencio al pié de la roca Tarpeya á Ciceron que me habla y entusiasma. Esto es obra de la historia. Una página escrita dos mil años atrás ha vencido esos dos mil años, vencerá aun dos mil mas, y así será siempre hasta que la eternidad reemplazará

el tiempo, y que Dios, que es todo el porvenir, sea también para nosotros todo lo pasado. Pero vos comprendéis bien que este imperio sobre la memoria de los hombres no pertenece á cualquier página escrita por cualquier escritor, sobre algunos actos de sus contemporáneos. No, la historia es un privilegio, un don hecho al genio en favor de los grandes pueblos y de los grandes sucesos. El bajo imperio carece de historia, no la tendrá jamás; Roma hizo á Tito Livio antes de morir, ella inspiró á Tácito llevándole en tiempo de Neron el espíritu de sus cónsules.

Mas, ¿qué son Roma ó la Grecia ante el Cristianismo? ¿Qué son Alejandro ó César ante Jesucristo? La Religión no es solo interés de un pueblo, sino de la humanidad entera; su historia no es la historia de un hombre, sino la de Dios. Y si Dios ha dado historiadores á algunas naciones, porque practicaron virtudes, y á algunos hombres porque tuvieron genio, ¿qué no habrá hecho para su Hijo unigénito, predestinado desde el principio para venir entre nosotros, y llenar con su presencia todo el tiempo y todo el espacio? La historia de Jesucristo es la historia del cielo y de la tierra. En ella están y deben estar los planes de Dios sobre el mundo, las leyes primordiales y universales, el origen de las razas, la sucesion de los acontecimientos que han influido sobre el curso general de las cosas humanas, las direcciones de la Providencia, las profecías del porvenir, la eleccion de los pueblos y de los siglos, la gloria de los hombres predestinados para eternos designios, la lucha del bien contra el mal en sus mas profundas manifestaciones, la promulgacion auténtica de la verdad, y en fin, sobre todo esto, desde la cúspide de la pirámide hasta su base la figura de Jesucristo, alumbrándolo todo de su luz y de su belleza. Vos reconoceréis en estos rasgos las sagradas Escrituras; sabéis que fue-

ron trazadas bajo la inspiracion del divino soplo, que movió la voluntad de los escritores, suscitando y dirigiendo sus pensamientos, y que por lo tanto ellas no forman únicamente un edificio admirable de antigüedad, de unidad y de santidad, sino un edificio divino, la obra sustancial de la verdad infinita, donde los Profetas no hicieron mas que poner el barniz de su estilo y el acento de su alma, á fin de que en esto como en todo se viera el hombre, y que la inmutable Divinidad del fondo apareciera mejor á través de los variados accidentes del elemento humano. Siendo obra de cuatro mil años, aparece en ellas la mano de muchos; pero una sola inteligencia preside en las mismas, y el encuentro de lo uno y de lo múltiple en tan largo período de tiempo es el primer milagro de tan sublime redaccion. Cuando uno las abre como un simple libro sin conocer su verdadero autor, no puede resistir el admirable ascendente de su carácter, y lo que se ve allí es, á lo menos, el monumento de historia, de legislacion, de moral y de elocuencia mas sorprendente que se ha visto. Pero, para nosotros que sabemos quién es el historiador, el legislador, el poeta, nos hallamos poseidos de muy diversos sentimientos; no sentimos solo el estupor ó la admiracion, sentimos además la adoracion de la fe y la agitacion producida por una sobrenatural gratitud. Desde la primera línea vese anonadados en aquel libro así el error del hombre niño como el del hombre degenerado, las ficciones de la idolatría, que todo lo hace Dios, y las negaciones del panteísmo, que no ve á Dios en ninguna parte: *En el principio Dios crió el cielo y la tierra* (1). Desde esta primera palabra hasta á la última: *Que la gracia de Nuestro Señor sea con todos vosotros* (2), la luz va siempre creciendo, semejante á un

(1) Genes. I, 1. — (2) Apoc. xxii, 21.

sol que no tuviera ocaso, y cuya continua ascension aumentaria á cada instante el brillo y el calor. Esto no es precisamente una escritura, es una palabra; no es una letra muerta, ocultando en sus hojas ciertas verdades descubiertas por la razon y la observacion, es una palabra viva, la eterna palabra de Dios.

¡Qué frase esta, Manuel, la palabra de Dios! Nada hay mas dulce que la palabra del hombre cuando sale de una inteligencia recta y de un corazon que nos ama; ella nos penetra, nos enternece, nos encanta, adormece nuestros dolores, exalta nuestros gozos, es el bálsamo y el incienso de nuestra vida. ¿Qué será, pues, la palabra de Dios para todo el que sepa reconocerla y escucharla? ¿qué sucederá al que pueda decir: Dios ha inspirado este pensamiento; Dios es el que por él me habla, á mí me lo dirige, yo mismo lo escucho? Y cuando de página en página llega uno á la misma palabra de Jesucristo, á esta palabra que no es ya una simple inspiracion interior y profética, sino el soplo sensible de la Divinidad, la palpable expresion del Verbo de Dios, escuchada así de las turbas como de los discípulos, ¿queda mas que hacer sino callarse á los piés del maestro, y dejar que el eco de su boca retumbe en nuestra alma?

La Escritura es á un tiempo mismo la historia de Jesucristo y la palabra de Dios; de la cruz á la fecha tiene este doble carácter. Ya en su primera página, bajo las agitadas sombras del paraíso nos anuncia la venida del Salvador de los hombres. Esta promesa, transmitida á los Patriarcas, toma de libro en libro una claridad tal, que llena todos los acontecimientos y les impulsa hácia el porvenir como una preparacion y prefiguracion de lo que se espera. El pueblo de Dios se forma en el destierro y en los combates; fúndase Jerusalem, elévase Sion; la raza del Mesías, destacándose del fondo primitivo de las tribus patriarcales, se

despliega en David, que pasa de los rebaños de Belen al trono de Judá, desde donde contempla y canta el hijo que nacerá de su posteridad para ser rey de un *reino sin fin* (1). Los Profetas pulsan de nuevo sobre la tumba de David el arpa de los dias que aun han de venir; siguen á Judá en sus desgracias, le acompañan en su cautiverio; Babilonia oye, en la orilla de sus rios, la voz de santos que no conoce, y Ciro, su conquistador, le habla del Dios que ha hecho el cielo y la tierra, y que le ordena reconstruir el templo de Jerusalem. Aquel templo renace. Oye los gemidos y anhelos de los últimos profetas, y despues de un intervalo, despues de haber sido manchado por las naciones, y purificado por los Macabeos, ve venir al Hijo de Dios en brazos de una Virgen; y de los pórticos al santuario, del santuario al *sancta sanctorum*, repite la suprema palabra del anciano Simeon: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestro siervo, segun vuestra promesa, porque vieron ya mis ojos vuestra salud, que preparado habeis á la faz de todos los pueblos para ser luz de la revelacion, y gloria de vuestro pueblo de Israel* (2). Viene Jesucristo. El Evangelio sucede á la ley y á las profecías, y la verdad, cumpliendo la figura, resplandece en lo pasado, que explica despues de haber recibido su testimonio. Todos los tiempos se reencuentran en Jesucristo; la historia toma bajo sus pasos su eterna unidad. En adelante Él lo es todo, todo converge hácia Él, es de Él de quien todo procede; Él lo creó todo; Él lo juzgará todo. El Jordan le recibe en sus aguas bajo la mano del Precursor que le bautiza, las montañas le ven salvar sus pendientes seguido de todo un pueblo, y oyen de su boca esta palabra, que nadie habia proferido: *Bienaventurados los pobres... bienaventurados los que lloran.*

(1) Luc. I, 33. — (2) Ibid. II, 29 et seq.

Los lagos ofrecen sus riberas á sus discursos, y sus olas á sus milagros. Pescadores humildes al verle abandonan sus redes y le siguen, para convertirse, bajo su direccion, en pescadores de hombres. Los sábios le consultan en las sombras de la noche, las mujeres le acompañan y le sirven á la luz del mediodía. Toda desventura va á su encuentro, toda herida espera en él; la muerte le cede los hijos ya llorados, para volverlos á sus madres. Él ama á Juan el hombre jóven, y á Lázaro el hombre maduro. Conferencia con la Samaritana, y bendice á la extranjera. Una pecadora unge su cabeza y besa sus piés; una adúltera encuentra gracia ante él. Confunde la vana prudencia de los doctores, y arroja del templo á los que convertian en lugar de comercio el santuario de la oracion; desaparece de la multitud que quiere proclamarse rey, y entra en Jerusalem montado en un pollino enjaezado con los mantos de sus discípulos, precedido de los *hosannas*, que le aclaman Hijo de David y Redentor del mundo. La Sinagoga le juzga, la monarquía le desdén, Roma le condena, muere tendido en una cruz, bendiciendo al mundo, y el Centurion que le ve morir entre los insultos de la turba y las blasfemias de los grandes, golpeándose el pecho reconoce en él al Hijo de Dios. Un sepulcro le recibe de brazos de la muerte; mas al tercer dia, aquel sepulcro custodiado por el odio, se abre por sí mismo y deja que pase triunfante el Señor de la vida. Sus discípulos lo ven de nuevo, le tocan con las manos, le adoran con el corazon, le confiesan con su palabra; reciben de él sus últimas instrucciones, y habiendo ya consumado todo lo que debia ser visible para el hombre, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre emprende sobre una nube el camino del cielo, dejando á sus Apóstoles el mundo para conquistar. En seguida, Pedro, el pescador, alumbrado por las conmociones del

Espíritu Santo, descendiende á las puertas del cenáculo, y arenga á la muchedumbre, maravillada de comprenderle no obstante la diversidad de origen y de idiomas. Pablo, el perseguidor, no tarda en aparecer á su lado; él lleva á las naciones, de las cuales es apóstol, el nombre de Jesús; Antioquía le posee, Atenas le escucha, Corinto le recibe, Éfeso le rechaza y le bendice, Roma, en fin, toca sus cadenas, y empapa de su sangre su glorioso polvo. Juan, el mas familiar de los discípulos de Jesucristo, el sagrado comensal de su pecho, se mantiene firme en las riberas de Patmos, y, como último de los Profetas, anuncia á la Iglesia sus transfiguraciones en la desgracia y la gloria hasta el fin de los siglos.

De esta manera la historia de Jesucristo se divide en tres períodos, distribuidos en cuatro mil años: los tiempos proféticos, los tiempos evangélicos y los tiempos apostólicos. En el primero Jesucristo es esperado y preparado; en el segundo se manifiesta, vive y muere entre nosotros; en el tercero funda su Iglesia por medio de los Apóstoles, que han vivido con él, y que han recibido sus enseñanzas y participado de sus poderes. Jamás se rompe este tejido, que lleva en sí y por sí mismo la demostracion de su verdad. Mas una cosa es sentir la verdad de una prueba, y otra cosa es alimentarse de la verdad sentida. Así como hay dos momentos ó dos épocas en la amistad, aquel en que nos aseguramos que somos amados, y aquel en que sentimos cierta dicha en ser amados, tambien en la vida sobrenatural del Cristianismo hay dos momentos distintos: aquel en que se reconoce á Jesucristo en la divinidad de su historia, y aquel otro en que uno se abandona á la inefable dulzura de esta historia realizada. En este segundo momento las dudas quedan desvanecidas, la certidumbre queda dueña de las almas; ya no se busca mas, ya no se examina mas, ya

no se ofende mas ; la historia se hace palabra, y palabra de Dios ; y esta palabra se derrama en el alma como un torrente de luz y de unción ; ella penetra hasta las últimas fibras de nuestras mas lejanas potencias , como la sangre que anima nuestras venas se abre paso hasta las extremidades de nuestros mas misteriosos órganos ; ella nos da hastío para todo otro alimento espiritual, ó mejor, cuanto leemos y cuanto pensamos se transfigura al contacto de este torrente de gracia y de verdad que nos viene de la Escritura, y por la Escritura del Espíritu mismo de Dios.

Porque es necesario lo noteis : el Espíritu Santo es quien inspiró nuestros sagrados Libros. El Símbolo cristiano expresamente lo dice : *Yo creo en el Espíritu Santo, que habló por los Profetas. Y san Pedro lo anunció en estos términos : Porque no traen su origen las profecías de la voluntad de los hombres, sino que los varones santos de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo* (1). Jesucristo mismo no abrió su boca para instruirnos hasta que el Espíritu Santo hubo descendido sobre él en el día de su bautismo ; y cuando iba á alejarse de sus discípulos, les dejó como testamento esta última promesa : *Yo rogaré á mi Padre, y él os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente, á saber, el Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros* (2). El milagro de Pentecostes, realizando esta promesa, comunicó á los Apóstoles la luz de su fe y el valor de su amor. Hasta entonces no habian sido mas que hombres revestidos de la confianza de su Maestro, y de prerogativas que no comprendian en toda su extension : la infusion del Espíritu Santo en sus almas les

(1) II Petr. I, 21. — (2) Joan. XIV, 16, 17.

hizo mártires, evangelistas, profetas, columnas inmortales de la Iglesia, y padres de toda una posteridad de santos. Idéntico misterio se cumple en nosotros. Si bien el Verbo de Dios es la antorcha en la que se enciende nuestra razon, y su encarnacion es su palabra manifestada en el principio del que emana nuestra fe, no obstante, ni como Verbo ni como Cristo no es bastante á obrar por sí solo la transfiguracion sobrenatural de nuestro ser ; necesitase además la accion del Espíritu Santo, que siendo el lazo de union del Padre y del Hijo por una caridad coeterna á los tres, es tambien en todos nosotros el soplo del amor, y por medio del amor es el nudo que nos mantiene adheridos á la luz y á la cruz de Jesucristo. Como inspiró á los Profetas nos inspira á nosotros en la respectiva proporcion : él nos prepara á la inteligencia de los libros que dictó, y á él mismo encontramos en cada página de aquellos libros para ser nuestra íntima unción ; mas una unción que nos lleva á Jesucristo, nuestro mediador, nuestro ejemplar y nuestra vida.

Siendo esto así, mi querido Manuel, ¿qué lugar corresponde á las santas Escrituras en vuestra existencia de cristiano ? ¿estarán siempre cerradas para vos ? ¿Las consideraréis como un libro sellado, que solo el sacerdote tiene el derecho de abrir, don misterioso hecho al santuario, carta de alianza del Nuevo Testamento, oculta tras los velos del templo, y que los fieles no pueden ver con sus propios ojos, tocar con sus manos ? ¿Habeis sentido siquiera la necesidad de conocerlas ? Vos, que habeis estudiado los libros de la antigüedad pagana, que habeis paseado ávidas miradas por los grandes monumentos de la literatura y de la historia, ¿habeis alguna vez hojeado las páginas en que la divina sabiduría ha consignado, en un trabajo de cuarenta siglos, los anales de su provi-

dencia sobre el género humano? ¿Habeis leído el Evangelio, salvo en el texto griego en el que vuestro espíritu se ejercitaba en los armoniosos giros del helenismo? Lo dudo, y no me sorprenderia me preguntárais á vuestra vez si es permitido á un simple cristiano arriesgarse lanzándose en las profundidades de la palabra de Dios; si es posible que deje de haber ocultos abismos en este océano que sostiene la nave de la Iglesia, y si no es colindar con el protestantismo leer la Biblia con la intencion de fortificarse en la fe é inflamarse en la caridad.

Verdad es, querido amigo, que en el siglo XIII, por primera vez, el papa Inocencio III prohibió á nuestros antepasados, los fieles de Francia, la lectura de los santos Libros traducidos en lengua vulgar. Hasta entonces la Iglesia no habia desaprobado aquellas traducciones ni su uso, y nada es tan célebre en la antigüedad como los trabajos de Orígenes para popularizar las versiones primitivas del Antiguo Testamento, y que los de san Jerónimo para dar á la Iglesia de Occidente un texto latino mas puro que el que entonces se usaba. Segun testimonio de aquel Padre, confirmado por san Agustin, existian en su tiempo innumerables traducciones romanas de la Biblia, entre las cuales se distinguia una llamada *Itálica*, y que en parte conservada, y en mayor parte aun modificada por la suya, ha resultado ser aquella *Vulgata* que el concilio de Trento declaró auténtica. El celo para multiplicar las versiones era unánime y correspondiente á la necesidad de los pueblos y á las exhortaciones que los Padres de las dos Iglesias, de Oriente y de Occidente, no cesaban de dirigir á sus fieles para inspirarles gusto á los sagrados textos. Reciente era aun el tiempo de la venida de Jesucristo y de los Apóstoles, aquel tiempo en el que la verdad no era sino hebráica: urgia sacarla de un idioma tan

reducido, y abrirla, por medio de los dos idiomas griego y romano, todas las puertas del mundo civilizado. Mas en el siglo XIII la situacion habia cambiado de carácter, la mirada de Inocencio III habia vislumbrado en las nacientes herejías de la moderna edad la pendiente que habia de conducir las al protestantismo, esto es, á la negacion de la autoridad en las cosas del orden sobrenatural, y en consecuencia á la ruina del sentido de la Iglesia por el sentido privado. Así la Escritura pasaba á ser el arma, no ya de un error dogmático, como lo habia sido en el arrianismo ó en el nestorianismo, y, en general, en todas las herejías de origen griego, sino el arma de una conjuracion directa y meditada contra la sociedad cristiana. Ya no iban á aparecer doctores, extraviados por el orgullo de la ciencia, disputando á la Iglesia algunos fragmentos de la verdad; iba á verse el mismo pueblo constituido en juez de los términos de la revelacion, y no reconociendo mas guia, en los misterios de la divina palabra, que las ilusiones del propio espíritu. Era, pues, peligroso el abandonar las sagradas Letras en manos de una muchedumbre no preparada, y á la que ya no preservaba de los lazos de la ignorancia la docilidad de una fe sincera. Esta fue la idea de Inocencio III. Léjos de cerrar el campo de las sagradas Escrituras á la cristiandad, se limitó á interceptar el paso por el que un pueblo sin cultura podia precipitarse, y aun no lo cerró sino para un pueblo, que era aquel que se hallaba en Francia bajo el inmediato imperio de los valdenses y albigenses.

Tres siglos mas tarde, cuando el protestantismo, que por largo tiempo se encontraba en estado de incubacion en las entrañas del espíritu europeo, estalló sobre la Iglesia, el soberano pontífice Paulo IV, inspirándose en las precauciones de Inocencio III, las

extendió á todas las partes de la cristiandad, si bien reservando á los obispos la facultad de permitir la lectura de la Biblia en idioma vulgar á todos los que juzgaren capaces de no abusar de ella. Veinte años despues Clemente VIII quitó á los obispos esta facultad, y la trasladó á la sola Congregacion del *Index*. Aquel rigor, aunque moderado, no tardó en suavizarse por la fuerza misma de las cosas, y á medida que el protestantismo, juzgado por sus obras, perdió algo del ascendiente que habia obtenido en el ímpetu de su primera irrupcion. Aparecieron versiones de la Biblia en todos los idiomas de Europa, emanadas de autores sinceramente adictos á la Iglesia; vióselas imprimirse y propagarse con aprobacion de los mismos Pontífices romanos, como sucedió por ejemplo con la traduccion polaca, publicada en Cracovia bajo la proteccion auténtica de los papas Gregorio XIII y Clemente VIII; como sucedió tambien con la traduccion italiana del arzobispo Martini de Florencia, mas recientemente recomendada por Pio VI. No hay nacion católica que no tenga hoy á mano las Escrituras traducidas en su idioma nacional por escritores de irreprochable fe, y con el consentimiento expreso ó tácito, sea del Episcopado, sea del Pontificado. El espíritu de la Iglesia nunca cambia. Depositaria de la palabra de Dios, jamás ha temido exponer su texto verdadero ante el género humano; no ha querido tenerlo oculto tras el velo de una lengua gerática, como el secreto del santuario, y atribuyendo á la antigua version latina el carácter de la autenticidad, ha permitido á todos los pueblos cristianos apropiársela en una interpretacion popular. Ella ha respetado las fuentes primitivas, creado una traduccion privilegiada, provisto á la exactitud de las versiones de segundo orden, aceptado toda propagacion llena de sinceridad, y así, á la vez prudente y liberal, ha he-

cho que por su difusion la palabra de Dios abarcara el universo.

Pero aun suponiendo, querido Manuel, que fuera estrictamente prohibida á un católico la entrada á los Libros santos con el auxilio de una lengua contemporánea, esta prohibicion no deberia tener importancia para vos. Gracias á Dios vos sois literato; perteneceis á aquella porcion de hombres que han tenido la fortuna de naturalizarse por el estudio en la ciudad de la inteligencia. El idioma de la Iglesia, que es el de vuestra fe, es tambien el de vuestro pensamiento. Sois cristiano por el corazon, griego y romano por la educacion, esto es, os hallais iniciado en las letras, en los actos, en los idiomas, en los acontecimientos de que la Providencia se ha servido para preparar la venida de su Hijo y ser su cuna. Y si vuestra ciencia se halla circunscrita por determinados límites, no así vuestra cultura: veinte años de asiduidad en las cosas del espíritu han afilado en vos el arma soberana para los grandes combates. Ya no se os puede engañar con una erudicion falsa ni con una filosofia aparente: estais en el caso de derribar de su trípode á muchos que saben mas que vos, porque habeis adquirido el mas precioso don, que es la perspicacia de entendimiento. Mientras que otros solo poseen el buen sentido sobre las cantidades matemáticas, de la perspectiva, de las leyes y fenómenos materiales, vos teneis acostumbrada el alma á las especulaciones del orden moral: vuestro espíritu se ha hecho ya familiares las cosas que no se pesan ni miden por medio de balanza y de compás, y hasta en las cuestiones que ignorais podeis sentir la ausencia de la verdad. Sois, pues, digno de leer la palabra de Dios, no precisamente porque seais capaz de leerla en el texto de una lengua muerta, sino porque lo sois de desdenar las inevitables sombras que en algunos puntos cubren

las páginas donde pululan los misterios del tiempo y los de la eternidad. Ni os turbaréis al encontrar una palabra oscura, ni os causará otra impresion que la de vuestra incapacidad cualquier uso mal comprendido; un acto incompatible con nuestras costumbres no os servirá sino de testimonio de la antigüedad, en la que la reseña se pierde. La luz sobreabundante y progresiva del conjunto conducirá vuestros pasos por segura senda, y en vez de juzgar por los puntos y comas un libro que ha transformado el mundo, lo juzgaréis por su sustancia, su curso y su omnipotente unidad.

Pero lo que es aun mayor garantía para mí, es la rectitud de vuestro corazon y la justicia de vuestro sentido cristiano. Nacido en un país católico, es decir, en un país que ha conservado á Jesucristo entero, habeis recibido la tradicion viva del Cristianismo. Os reputais discípulo, no maestro. Como María, hermana de Lázaro, permanecia á los piés del Señor escuchándole; como Juan, el amadísimo apóstol, se apoyaba en su pecho mirándole, así permaneced vos á los piés y sobre el pecho de la Iglesia, esta inmortal heredera de Cristo, que ha recibido de él su palabra en las Escrituras, su gracia en los Sacramentos, su misma persona en la Eucaristía, y, en fin, su autoridad para conducir las almas y conducirse ella misma por los caminos de la redencion. Nada difícil os es reconocer su fisonomía, y reconociéndola, no os es menos fácil someterle la uncion que de ella habeis recibido del espíritu de Dios. La llamais vuestra madre, porque la creeis esposa de Jesucristo, y la certidumbre de su maternidad os inspira la ternura y los transportes del amor filial. No separaréis, pues, mas la Iglesia de las Escrituras que de Jesucristo; no haréis un divorcio entre estos tres é indivisibles objetos de vuestra affection. Si las Escrituras os han conducido á Jesucristo,

y Jesucristo á la Iglesia, á su vez la Iglesia os dará fuerza para seguir á Jesucristo, y gracia de no errar en las Escrituras á merced de una interpretacion sin regla. Aquí está para nosotros el triple nudo de la interpretacion: el que rompe uno rompe los demás, de modo que presto nada le queda en la mano sino el polvo de este mundo. Cuando los protestantes rechazaron la Iglesia, entiendo la verdadera Iglesia, aquella que remonta á su Autor por la tradicion del Episcopado y del Primado romano, creyeron que permanecerian firmemente adheridos á la persona de Cristo sobre el fundamento de la palabra de Dios. Mas la negacion de la divinidad de la Iglesia presto les condujo á la negacion de la divinidad de Jesucristo, y esta á la negacion de la divinidad de las Escrituras. El que por un punto rompe el haz, tarde ó temprano lo deshace todo. Sin duda existen aun protestantes, quizá en gran número, que creen sinceramente en la Biblia y en Jesucristo; mas la pendiente histórica del protestantismo está en lo que he indicado, y los esfuerzos de los protestantes sencillos ó celosos para retener la verdad escripturística no pueden ocultar al mundo la dispersion de Babel.

No temo deis vos contra semejante escollo, mi querido Manuel: el curso del siglo no es el mismo que trescientos años atrás. Entonces, por efecto de la inesperienza de una separacion que no habia sido aun intentada, se creia posible el reino de Dios sin el reino del hombre: hoy el ensayo está hecho, y es indudable que el hombre tiene su parte necesaria y voluntaria en el reino de Dios. Quien destrona á la Iglesia destrona á Jesucristo. Por esto no es la herejía, sino la incredulidad; no es el abuso de las Escrituras, sino su desprecio lo que constituye la herida de nuestra edad. Libre como estais del naufragio de las convicciones, nada peligroso es para vos el error inconse-